cir, el consejo asistia à su recámara, y la colcha de la cama de la favorita reemplazaba á la carpeta verde de la mesa del consejo.

En Compiègne fué donde la alumna de la Gourdan tuvo el honor de comer con la jóven delfina hija de los Césares. María Antonieta convidó al rey á comer y éste fué, llevando de la mano á su querida; la princesa se acercó á él diciéndole: "Oh! papà, yo os habia pedido una gracia y me

concedeis dos." Estas espresiones alcanzaron fortuna, y Madama Dubarry fué desde entónces aceptada en sociedad, sin que por esto dejara la corte de dividirse en dos campos, el de la favorita y el de los prìncipes. Con ocasion del proceso intentado por el parlamento de Rennes al duque de Aiguillon, proceso que la influencia de Madama Dubarry convirtió en su provecho, el duque, para dar un testimonio de reconocimiento á su protectora, le regaló un carruage de un lujo estraordinario. Madama Dubarry no pudo resistir al deseo de presentarse en las fiestas de Compiègne con este fastuoso equipage. Al dia siguiente circulaba en los salones del partido del duque de Choiseul y hasta en las antecámaras del castillo, un sangriento epigrama que bien vale la pena de ser puesto aquí, aunque no sea

mas que para servir de estampilla de las costumbres de aquella época curiosa:

"¿De quién es ese brillante coche? preguntó sorprendido un bausan. ¿Es el carro de una diosa ó de alguna jóven princesa? No, no; le respondió un crítico de los que estaban entre la curiosa multitud: es el de la lavandera del infame de Aiguillon."

El amor y la galanterìa habian inaugurado el castillo de Compiègne; la galantería y el amor debian habitarlo de nuevo. En 1808 el rey de España Cárlos IV, despues de las dos abdicaciones sucesivas á que lo obligó Napoleon, encontró en sus muros una prision que la política imperial calificaba pomposamente de asilo hospitalario. Pero no estaba solo Cárlos IV; lo acompañaban su muger y Godoy *su favorito*. Arrojemos un velo sobre esos amores que llevaban al siglo XIX al recuerdo de las tristes debilidades del siglo XVIII. Era el mismo escándalo, aunque no el mismo espíritu. La Dubarry ultrajaba á la moral; la esposa de Cárlos IV á la desgracia. ¿Quién fuè mas culpable, la cortesana ó la reina?

¡Cuántas veces el viejo rey, en sus paseos solitarios, volveria los ojos hácia el Mediodía, para interrogar al horizonte que le ocultaba su bella patria! ¡Cuántas veces derramaria lágrimas al dirigir sus miradas al castillo húmedo y sombrío en que lo tenia relegado la mas recelosa desconfianza! Un resto de piedad le concedió en el invierno la residencia y el clima de la Provenza, la Italia francesa. Cárlos IV partió para Marsella: ese era el camino de Roma.

El 27 de marzo de 1810 se abrió el patio de honor para recibir á la archiduquesa María Luisa. Esa fué la fatal consagracion del divorcio del emperador Napoleon y de Josefina Beauharnais. Funestos presagios parecian sacudirse sobre un matrimonio hecho á espensas de la felicidad de la mejor y mas noble de las mugeres. Muros del castillo de Compiègne, vosotros solos recibísteis entónces el secreto de los pensamientos importunos que vinieron á arrugar la frente imperial en esa primera noche que se unió á la estrangera!.....

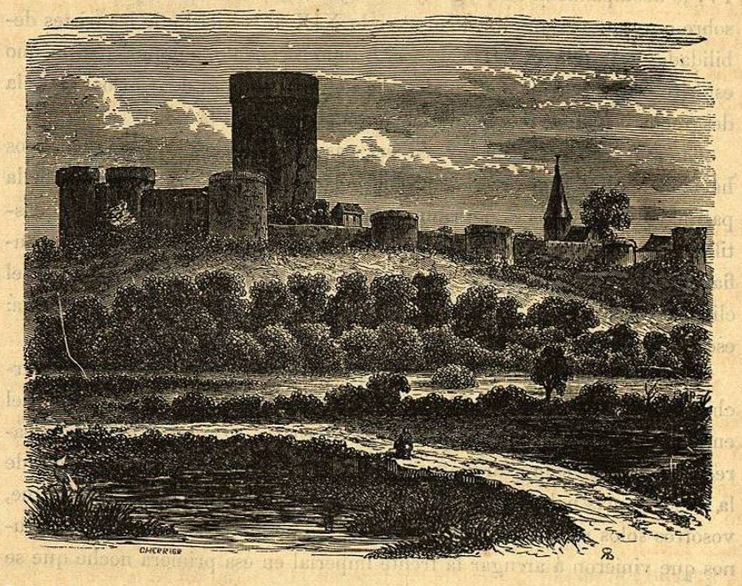
El país que rodea á Compiègne, tiene tambien sus recuerdos históricos. Castillos, abadías, villas y aldeas están sembrados de esa verde y admirable campiña que fué el Valois, y cuentan al viagero las leyendas, las crónicas y los episodios de los catorce siglos de la monarquía.

Cartujos de Mont-Renault, abades de Ourscamp, templarios de Lagny, ¿quièn nos referirà vuestros curiosos y antiguos anales? La muerte de Santa Brígida ilustró al bosque de Candos, y desde entónces, dos mil hacen allì una peregrinacion anual para alcanzar la salud de sus animales. El sepulcro de Clovis III descansa modestamente en la iglesia rústica de

Choisy-au-Bac y Beaulien se gloría de haber tenido un instante prisionera en sus muros á Juana de Arc.

Longueil-Sainte-Marie humilla à Passel, que rivaliza con sus aguas minerales, evocando la sombra de Ferret, de ese simple soldado que defendió solo el castillo de Longueil contra los ingleses, y los arrojó al momento en que se creían vencedores.

En esta construccion, que se dice haber sido levantada por Mausard para el mariscal de Lamothe-Houdancourt, y cuyos jardines fueron trazados por la mano inteligente de Lenôtre, se detuvo Luis XIV yendo al encuentro de la reina Cristina de Suecia, en 1656. Castillo de Fayel, ¿no tienes otros recuerdos? ¿Fueron testigos tus destruidos muros de la sombría y



dramática aventura de Gabriela de Vergy? Se pone en duda. Pero qué importa! Queremos figurarnos que en efecto aquel drama lúgubre que no habrian desechado Croquemitaine y Barba Azul, tuvo lugar allí á nuestra vista.

Parece que los señores de Coucy eran unos amables holgazanes que por aquí robaban, por allí violaban, y que generalmente eran poco queridos de sus vecinos. Uno de los castellanos de Coucy, hermoso jóven probablemente, y mejor sin duda que sus abuelos, partió un dia para la Tierra Santa, con el fin, segun es de creerse, de rescatar por medio de los santos golpazos que distribuia á los infieles, las faltas y las ligerezas paternas

Pero hé aquí que en el sitio de San Juan de Acre, en 1191, el virtuoso señor es herido mortalmente. Entónces hace venir á su escudero y le confiesa que, si ha respetado, contrariando las tradiciones de familia, la virtud de las jovencitas de Valois, ha sido, gracias á las bondades de una bella y encantadora castellana, de la que estaba enamorado. En consecuencia, ruega al escudero que cuando él, su señor, haya pasado de esta á la otra vida, le abra el pecho, le saque el corazon enamorado, lo sale bien, lo ponga en una caja y lo lleve con una carta misiva del objeto, á la señora de sus pensamientos. El escudero ejecuta punto por punto las órdenes de su señor. Pero hé aquí una desgracia! Cuando ya estaba cerca del castillo de Fayel, el señor de éste, que habia trascendido el mensage y sabia que era destinado á su muger, sale al encuentro al escudero, le quita la caja y la carta, y vuelve tenebrosamente á su morada. Inmediatamente va á ver á su cocinero, y despues de haberse puesto de acuerdo sobre la salsa que mas convenia à aquel corazon que llevaba muchos meses de estar salado, hizo servir ese plato atroz á su muger, la dulce Gabriela de Vergy.

—Qué tal os parece? le pregunta viéndola comer con mucho apetito.

—Delicioso, respondió ella.

—Pues bien, hermosa mia, leed ahora esa carta y agradecedme que os haya proporcionado tan buena comida!

—No haré otra, dijo la pobre muger despues de haber leido..... y se dejó morir de hambre.

Es de sentirse que esa absurda historia tenga tan abominable olor de cocina; si no fuera por eso, no dejaria de ser interesante.

Mas se nos presenta Noyon, Noyon en donde César instituyó una prefectura romana; Noyon en donde Carlomagno se hizo coronar en 768; Noyon, la capital del imperio de Carlomagno! Glorioso destino! Dias de esplendor, de los que nada queda: no sois ya mas de un sueño! Y si Hugo Capeto no se hubiera hecho elegir allí rey en 887; si Càrlos V y Francisco I no hubiesen concluido allí un tratado; si los de la Liga y Enrique IV no se lo hubieran disputado con frecuencia, Noyon no tendria otra cosa que contar que la desavenencia de aquel paisano turbulento con el obispo Baudry de Sarchainville. Pero tambien ¿qué quereis que haya venido á ser una villa, por floreciente que fuese, despues de haber sido en cuatro ocasiones diversas saqueada é incendiada por los normandos y por los españoles? Noyon no se gloría, pues, de otra cosa, si no es de la casa en que nació Juan Calvino, el hijo de un pobre tonelero: tambien de haber producido á Juan Sarrazini, escultor célebre del siglo XVI, y finalmente, de haber sido la silla episcopal de San Medardo.

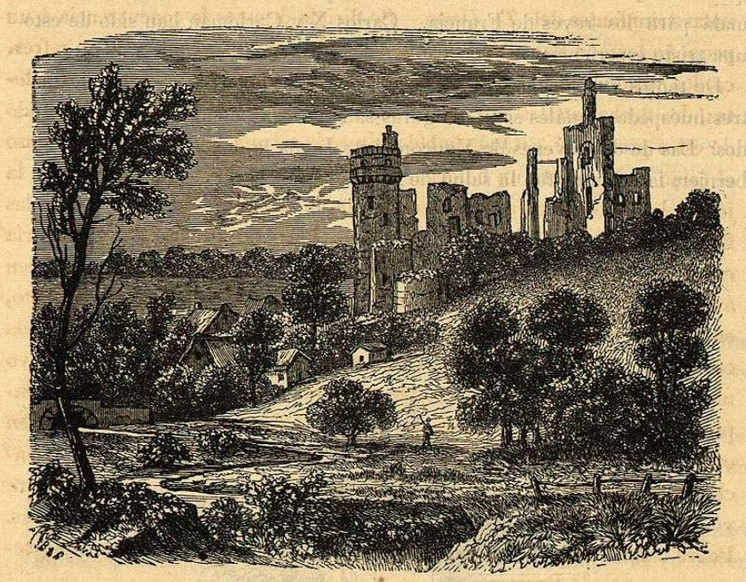
Este nombre, solo accesoriamente se une á la historia de Noyon: pues

en la patria del buen obispo, en Salency es en donde lleva siglos de ser honrado el nombre de San Medardo. Y todo esto gracias á una fiesta simple, modesta y sencilla, como el objeto de ella, gracias á la fiesta de la Jóven nubil.

Esta fiesta es demasiado conocida para que intentemos describirla. Nos limitarémos de paso á recordar que el señor de Salency estaba obligado para con la mas discreta de tres muchachas escogidas de entre las mas discretas, á un censo de veinticinco libras tornesas. El dia de la fiesta una reunion que llevaba á su cabeza tambores y pifanos, venia en busca de la jóven premiada para conducirla á la iglesia, donde se celebraba la ceremonia religiosa, y el cura le ponia sobre la cabeza un sombrero de rosas y un anillo de plata en el dedo, miéntras que la bóveda santa resonaba con las notas triunfantes del *Te Deum*. Se dirigia despues la concurrencia á un pequeño terreno llamado el *Feudo de la Rosa*, y allì, despues de un refresco, los vasallos del feudo ofrecian á la *Rosera* un ramo de flores, dos pelotas, dos flechas atadas con cinta blanca y un silbato. ¿Cuál era el sentido de estos presentes? ¿Qué símbolos representaban? No lo sabemos. Acaso el ramo de flores era un homenage tributado á la discrecion actual de la jóven; las pelotas una advertencia de que la moral humana es elástica; las flechas una alusion á la ligereza y á la rapidez con que huye la sabiduría en cuanto se dejan de escuchar los preceptos de la moral divina, y tambien á los mortíferos efectos del abandono de los buenos principios; el silbato, en fin, una amenaza si la *honra* daba en adelante el escándalo de una mala conducta. Sea como fuere, lo cierto es que la moda de las Roseras tuvo muy pronto una estension increible, al estremo de que el canciller Duprat, el bienhechor de la aldea de Varosne, habia establecido en esta y en otros seis lugares vecinos, la espresada fiesta en favor de las tres muchachas mas virtuosas de cada lugar. Total de Roseras del canciller Duprat; veintiuna jóvenes sin tacha en una circunferencia de tres ó cuatro leguas. Pobre canciller! ¡Qué sucederia si viviera en nuestros dias y quisiese tener su cuenta de Roseras!

Dejemos á Noyon, y á San Medardo, y á Salency y al canciller Duprat. Dirijámonos á esas ruinas imponentes que se levantan mas allà y atestiguan la grandeza de uno de sus antignos señores. Es Pierrefonds, cuyos dueños fueron mas poderosos que el rey de Francia durante dos siglos. Nada queda hoy de esa enorme é inconcebible fortuna. El tiempo ha acabado lo que Felipe Augusto comenzó. Pero àntes de la ruina del castillo de Pierrefonds, un conjurado famoso escribió allì su nombre con caractéres de sangre. Rieux, el hijo de un albeitar, ocupaba el castillo en tiempo de la Liga. Audaz y emprendedor, hacia frecuentes salidas y tenia esparcido el terror en aquellos contornos. El duque de Epernon y despues Biron, enviados para reducirlo, fueron rechazados. Ebrio de orgullo y ensoberbecido con sus victorias sucesivas, intentó un dia sorprender al mismo Enrique IV; pero esa vez cayó en la red que habia tendido. Cogido en una encrucijada patibularia, murió del modo que habia vivido, como verdadero héroe de camino real.

En tiempo de las guerras de los Armagnacs y Baurguignons, Bosquiaux, célebre orleanista, defendió vigorosamente á Pierrefonds contra el conde de Saint-Pal. Este hàbil capitan, no contento de los altos hechos de que habia hecho testigos á sus almenadas murallas, quiso apoderarse de Compiègne. Con el ausilio del engaño, esta audaz empresa fué coronada de pleno écsito. En el reinado de Luis XIII, fué desmantelado Pierrefonds.



Esta fortaleza no podia servir mas que á súbditos rebeldes, y por esto fué convertida en ruinas.

Compiègne es hoy una villa pequeña y pacífica que apénas parece acordarse del papel muy importante que representó en otro tiempo en nuestras guerras civiles. Todo lo que no está allí grabado en piedra, se considera como no acontecido. Compiègne os mostrará con gusto su castillo, su casa de ayuntamiento, buen edificio gótico flanqueado de torrecillas octógonas con sus ventanas adornadas de esas esquisitas labores de piedra que se trabajaban antiguamente: os mostrará tambien las iglesias de Santiago y

San Antonio, el sepulcro del conde de Tolosa erigido en las Carmelitas por Lemoine, y esto es todo.

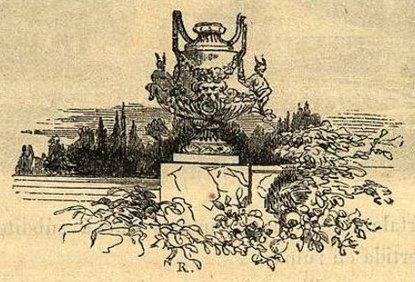
Algun literato de la localidad os dirá que ciertos hombres célebres nacieron allí. De este número son Pedro de Ailly, Juan Fillion de Venettes, Santiago de Billy, Marco Antonio Hersau, y en fin, Claudio Francisco Mernier, autor de novelas bastante inmorales; mas no debe confundirse con el autor del *Cuadro de Paris*, de quien fué contemporáneo.

Sí, sea lo que fuere del esplendor que estas ilustraciones den al país, Compiègne no es otra cosa, preciso es repetirlo, que una villa insulsa, sin color ni fisonomia.

Compiègne ha despertado en nuestros dias al ruido de las trompas con que las cazas de Cárlos X llenaban el bosque. Decididamente la caza es mala para los reyes de Francia. Carlos X y Carloman han sido de esto una triste esperiencia.

De tantos altos hechos, de tanta gloria, de tan noble orìgen, de tan ilustres huéspedes, ¿cuáles son las figuras salientes que dominan estos recuerdos? Las de dos jóvenes de Vaucouleurs; Juana la doncella y Juana Vaubernier; la una que fué la salud de la monarquìa, la otra su perdicion.

MARQUÉS DE MONTEREAU.



BELLEVILLE.

LOS PRADOS DE SAN GERVASIO. ROMAINVILLE. MENILMONTANT.

Vamos á las cercanías de San Gervasio
á comer sobre un fresco césped.
(DESAUGIERS.)

¡Cuán feliz, contento y tranquilo está
uno en Romainville! Ese bosque
encantador ofrece mil recreos á los
amantes.
(ALISSAN DE CHAZET.)

Por todas partes he ejercido un poco el oficio de viagero: cuando una montaña me presenta su base, siento en ella el pié con alegría; pero debo á la verdad confesar que rara vez he llegado á la cima.

Cuando se ha tratado de escalar la cabaña del hechicero de Puy-de-Dôme, ó el nido de piedra del Gitano de los Pirineos, he marchado á vanguardia; jamás vacilé en penetrar en nuestros bellos Alpes de la Iseria, en busca del gran claustro de San Bruno que nunca inspiró al bardo nómada un solo pensamiento, un solo verso que fuesen el reflejo de su severa poesía.

He procurado conciliar mi ardor por las escursiones montañosas y mi aversion hácia las habitaciones que se inclinan, ó mas prosaicamente, que se encaraman en hilera sobre las colinas, pegadas unas á otras como las muchachas á quienes se ve subir una calle de Paitou ó de la Saintouge. Para mí, el aspecto de la morada del hombre rompe la armonía de esas líneas atrevidas que corren del pié á la cumbre de las montañas, y que la vista sigue con tanto placer, sea que se resuelvan en conos unidos ó que se estiendan formando una faja de largos y caprichosos arabescos. La aversion que profeso á la montaña habitada es tal, que si un amigo me